La fuente y la Noguera /Pa

Nunca se ha sabido cual fue su origen. El momento exacto en que por primera vez brotó en este lugar concreto. Sí se sabe que primero brotó el manantial, luego, quizá mucho, mucho tiempo después del origen, se construyó la primera casa. A solo unos metros del venero. Por aquellos días, junto al manantial, algunas personas sembraron plantas: Hortaliza y árboles. Construyeron luego más casas no lejos del punto donde el agua brotaba y ya empezaron a encauzar este claro líquido. Para regar algunos trozos de tierra algo más lejos, para que bebieran y se asearan las personas y para que saciaran su sed los animales.

No pasado mucho tiempo fueron apareciendo más casa junto a las que ya existían. Como rodeando poco a poco el punto preciso donde el venero brotaba y descendiendo desde el rellano del cerro, hacia las partes bajas. Para el arroyo del lado norte por donde crecían higueras y otros árboles y para el valle del lado sur por donde lo que crecían eran encinas y acebuches.

Para organizar la convivencia entre las personas que construían por aquí sus casas, primero construyeron en el venero un pilar y luego le pusieron un caño de hierro. Alrededor de este pilar, los herederos de los que levantaron las primeras casas, seguían cultivando un rodal de tierra donde cada año sembraban hortalizas. "El huerto del venero", lo llamaban porque este era el nombre que se les ocurrió a las personas primeras. Al caer las tardes, en primavera, verano y otoño, los niños del pueblo junto al pilar y caño de agua, organizaban sus juegos. A veces utilizando puñados de esta clara agua y otras veces, saltando y corriendo. Él, de unos ocho años de edad, de cuerpo menudo, cara algo redonda, pelos negros y ojos castaños, a veces jugaba con los niños y otras veces, se quedaba solo no lejos del venero ahora convertido en pilar, con caños de hierro y algo de lavadero. Junto al tronco de una noguera ya bastante crecida, se sentaba y aquí se quedaba largos ratos. Simplemente mirando al agua que rebosaba del pilar y soñando. Embelesado en los reflejos de esta agua en los pequeños charcos y en las diminutas olas que en estos charcos se fraguaban. Y cuando, en algunos momentos las lluvias caían, su embeleso era completo.

Algunas de las personas mayores que vivían cerca, al verlo, entre sí comentaban:
- ¿Qué será lo que este niño encuentra en ese hilillo de agua que sale del pilar?
- Un día se lo vamos a preguntar.

Y una tarde de otoño, cuando las hojas de las nogueras comenzaron a ponerse amarillas, se acercó ella y le preguntó:
-¿Por qué tú nunca juega a las cosas que sí juegan los otros niños?
- Me gusta estar solo y me gusta mirar el agua de este venero.
-¿Y qué tiene esta agua?
- Yo no sé lo que tendrá pero me gusta su tranquilidad, el rumor que produce al correr, los reflejos del sol jugando con ella y los dibujos, arrugas y pliegues que fragua.
- ¿Me puedo quedar aquí contigo?
- Soy feliz solo pero si quieres quedarte, hazlo.
Ella era solo dos años mayor.

Desde aquel día y durante mucho tiempo, los dos contemplaron juntos los misterios del agua del venero. Solo en los momentos en que los otros niños no jugaban por allí ni las mujeres lavaban en la pila ni los animales bebían en el pilar. Corrió el tiempo. Todos los niños, él y su amiga, crecieron y muchos se marcharon del pueblo, también tuvo que marcharse él porque sus padres eran pobres y emigraron en busca de oportunidades. Ella si se quedó en el pueblo y creció, se casó, tuvo hijos y casi se olvidó del amigo que soñaba sentado en el tronco de la noguera frente al chorrillo del agua.

Desde la distancia, año tras año y noche tras noche, soñaba con el venero, el pilar, el caño de hierro, la noguera, las higueras en el arroyo norte y con ella. Y su corazón cada vez más, le pedía volver al pueblo. Se decía: "Lo necesito como el aire que respiro y para vivir y acabar mis días en paz en este suelo. ¿Cómo estará la noguera? ¿Qué habrá sido de ella y que habrá vivido a lo largo de los años? ¿Seguirán sembrando huertos junto al venero del rellano en el cerro? ¿Seguirá igual de pura, fresca y buena el agua que del manantial brotaba?"

Y un día, ya muy mayor y casi sin fuerza, volvió al pueblo. Era otoño, primeros días del mes de octubre, el cielo se mostraba azul intenso con algunas nubes en los horizontes, no hacía mucho frío, las nogueras, higuera y almeces, tenían ya sus hojas amarillas y muchas esparcida por el suelo y en Sierra Nevada, en las partes altas, se veían algunas nieves. Y al llegar, se fue derecho al lugar donde sabía brotaba el venero. Caminó por las calles del pueblo, asfaltadas y no de tierra como él las había visto cuando pequeño y se acercó al lugar. Ante sus ojos apareció, no el venero que tanto había soñado con los huertos a su alrededor, sino una extraña fuente de cemento.

Como una escultura en varios niveles que expulsaba chorros de agua por un lado y otro y no era clara ni olía a primavera. Triste, preguntó y algunas personas mayores le dijeron:
- Lo que buscas tú, hace ya mucho que desapareció de aquí. Hicieron sondeos y el agua del manantial se la llevaron a Granada porque decían que era buena, muy buena. Los que han ido gobernando este pueblo, hicieron obras, dicen ellos que fascinantes en todos los tamaños y formas. Los que fueron llegando después, rompían lo que habían hecho los anteriores, cambiaban nombres de calles y plazas y así han sido y son las cosas.
- Pero el venero y huertos que conocí yo cuando niño, eran hermosos y tenían un valor único.
- Lo sabemos y mucho lamentamos lo que se ha ido haciendo por aquí pero ¿quién nos escucha?

Nada más dijo él. Junto al tronco de la noguera se sentó. Frente al sol que iba cayendo por el lado de la tarde. Contempló mudo el agua que fluía por los caños de la extraña escultura de cemento y descubrió a lo lejos, las torres de la Alhambra. Desde el lado del levante, por donde las cumbres de Sierra Nevada, se alzaban y avanzaban, densas nubes negras. Se levantó un viento bastante fuerte y poco a poco, la noche llegó.

Sobre el tronco de la noguera continuo sentado. Lo vieron bastantes personas pero nadie le decía nada. Al poco de oscurecer, la tormenta comenzó a descargar. En densas y recias gotas de lluvia que el viento zarandeaba con fuerza. Sintió frío y se acurrucó más sobre el tronco de la noguera. Hasta que de pronto, un intenso fogonazo iluminó a todo el pueblo, a la extraña fuente y a las ramas del árbol. Se asomaron algunas personas a las ventanas y lo vieron volando como hacia las cumbres de Sierra Nevada. Por donde todo aparecía iluminado en tonos azules dorados.

Y algunas de estas personas oyeron que mientras se iba, decía: “Habéis roto el mundo de mi infancia y la fuente más bella de la tierra. Pero ahora ya nunca podréis ni destruir ni robarme los sueños que en mi corazón he tenido y tengo. No es inteligente ni lleva a un fin bueno, romper y cambiar las cosas con el argumento de que lo nuevo es mejor”.